

bre, a la vida, amor a la naturaleza, de pié ante la cual entona su plegaria, fervido grito de adoración,

«Oh, tierra bondadosa, acógeme tú, madre común, único origen de la existencia, tú la infinita, la inmortal, donde circula el alma del mundo, esa savia diseminada hasta en las piedras y que nos da por hermanos inmóviles a esos árboles! Sí, quiero fundirme en ti, te siento bajo mis miembros abrándome e inflándome, tú sola serás en mi obra como el origen primero, el medio y el fin, el arca inmensa donde todas las cosas se animan con el hálito de todos los seres».

Como Voltaire, Rousseau y Montesquieu fueron los precursores de la Revolución Francesa que proclamó los derechos del hombre, Zola puede llamarse el propulsor de la evolución mundial que comienza a realizarlos.

De tiempo en tiempo, cuando la humanidad no puede más con sus miserias, alumbran estos faros para mostrarle el sendero recto de que tantas veces se ha extraviado, el camino ancho, por donde debemos marchar todos, unidos.

¿Es esta la obra que se proclama inmoral, que se condena a puertas cerradas, sin juzgarla siquiera? Basta que el *Index* la haya cercado con altísimos muros, propalando que es, algo así como un jardín de afrodita, para que los escrupulosos no se atrevan a penetrarla. Y si alguno se asoma, llevado por malsana curiosidad, solo tiene ojos para los desnudos, pero serenos mármoles que blanquean entre el follaje. Sus miradas no se detienen, o no abarcan, el templo de imponente estilo que se alza en el centro, para el cual se plantó el parque, y que está consagrado a la Verdad y a la Justicia. La Santa Sede ha proscrito estos cultos idólatras y veda la entrada, so pretexto que adornan estatuas paganas la avenida que a él conduce.

Aquí, como en otros estados pontificios; en esta república sin republicanos, pero con uno que otro cacique y múltiples palaciegos; aquí, donde se posterga el ideal, el arte, la instrucción, lo que hace un sólido progreso y, juntamente con los cascos prusianos y las cogullas náufragas se recoge cuanto prejuicio nobiliario y añeja idea materialista bota por inservibles la civilización del viejo mundo, aquí se tiene tan alta idea de la inmoralidad zoliana que resultaron infructuosos cuantos esfuerzos hizo el año anterior este mismo Ateneo para organizar una velada fúnebre en recuerdo del maestro. En el Vaticano se le ha condenado y, durante muchos años aún, dependeremos del Vaticano.

Mientras los estudiantes uruguayos

se hicieron representar por medio de su Ministro en las exequias, y las Universidades, las asociaciones obreras de Buenos Aires—para no hablar sino de América—organizaron imponentes desfiles en su honor, nosotros permanecemos inexpresivos, silenciosos, llegándose a temer por tanta apatía que no tuviéramos juventud ni democracia.

Y sin embargo: hasta acá y a pesar nuestro, alcanza ya el benéfico influjo de su obra. Tal los rayos del sol calientan y vivifican al escarabajo que patalea sobre la hierba y abomina de su lumbre.

En la auto-biblioteca de algunos literatos suele encontrarse un volumen cuyo epígrafe pudiera resumirla. Ha escrito Tolstoy *La salvación está en vosotros*. Máximo Gorky *La Angustia*. El gran Hugo *Los cuatro vientos del espíritu*. La de Zola se encierra en el título de sus *EVANGELIOS: Fecundidad, Trabajo, Verdad... Justicia*, el último, que frustró la muerte, debe escribirlo la posteridad en homenaje al apóstol, porque, aun cuando escarnecido, con menos compasión que un malhechor vulgar, su obra es abrazo

de suprema piedad en que acoge a los cautivos y oprimidos, a los explotados, a los aplastados, a las víctimas todas de la injusticia y del dolor.

Son éstas, redimidas ya, las que, como esos sesenta mil obreros que formaron en los funerales, con sus esposas y sus hijos, desfilen mañana ante su tumba, convertida por la gratitud de los pueblos en santuario de peregrinaje universal y donde la severa inmortalidad monte la guardia. Enjambres, muchedumbres laboriosas, libres y felices, venidas de todos los puntos del horizonte, depositarán sobre ella la siempre viva del cariño y el rojo geranio, insignia del Socialismo victorioso.

AUGUSTO THOMSON

(Los Nuevos Horizontes, Santiago de Chile).

NOTICIA—Pronunció Thomson este arrebatado discurso en el primer aniversario de la muerte de Zola, el 29 de setiembre de 1903, en el Ateneo de Santiago de Chile, y por la noche. Era entonces el Edilior del REPERTORIO AMERICANO estudiante universitario y tuvo la fortuna de oírlo. El recorte de este discurso ha estado guardado 21 años y las emociones de la velada durarán toda la vida.

Página lírica

de Jaime Torres Bodet

VERDES

Antes de la lluvia, verde húmedo de la enramada; verde plata de las hojas y verde triste del alma.

Matices en el color: música de las miradas. ¡Ah, quien me diera ese verde que da luz a la esmeralda, recogimiento a la fuente y hondura leve a la playa!

¡Ah, quien me diera el color capaz de vestirme el alma..!

DON

Nada vale en mí mismo antes de darlo a quien de mí lo espera. Mi amor era una zarza en el abismo y es, ahora, en tus labios, himno de primavera. [mavera.

Era mi llanto, río que envenenaba el limo de sus cauces, y es, en tus ojos, claro calosfrío de un agua vibradora entre los sauces..,

Era mi caridad, vacío vaso y de verterse a todos, está lleno.

¡Valía bien pasar la noche al raso por ver el día en su clarear sereno!

Todo cuanto poseo se encontraba oculto en mí, Pero faltaba darlo. Era fuerza. Faltaba hacer gracia del dón, para gozarlo.

AZUL

Azul de primera tarde de primavera... Lejano azul, casi gris, que hace de plata el silencio claro...

¿A qué ojos de mujer te pareces, azul vago, azul de país al que se llega, un día, llorando?

¿A qué versos de otra edad hueles? ¿A qué vivo ramo cortado, al anochecer, entre la luna del campo?...

VERSO

Verso breve y profundo —hallado, no elegido— completo como el mundo, y, alto, como el nido..,